

El diario de Damiana

Sandra Mejía

*¿Será el cruel destino
más poderoso que la
fuerza del verdadero
amor?*

EL diario de Damiana

SM
SANDRA MEJÍA

Capítulo 1

Hospital San Agustín. Abril 16 de 2002

La fuente

Hoy el día está resplandeciente, el cielo todo despejado.

En el patio del hospital hay algunas personas, desde aquí no las puedo diferenciar muy bien, pero... ¡Qué más da!

Sigo observando por la ventana de mi habitación...

Aquí estoy, escribiendo en un pequeño escritorio que Harry me trajo.

Este año tuvimos un invierno muy fuerte, como hace mucho tiempo no lo teníamos, pero ya estamos en primavera y nuevas hojas veo en el gran árbol que está en el patio. Es increíble cómo ha crecido pues, cuando llegué, solo era un pequeño arbusto que acababa de ser plantado.

Recuerdo ese día que llegué... no era un día como hoy... por lo menos no lo era para mí... aquel fue un día pardo, lluvioso, nublado y muy... muy triste. Desde aquel entonces todos, todos mis días han sido y seguirán siendo así...

Una nube... una nube está atravesando el inmenso firmamento... va sola, va triste... sin rumbo, sin destino... ¡qué cosas!, casi podría jurar que esa pequeña nube... soy yo.

Ha salido Susana, la enfermera, me trajo unas píldoras, las mismas pastillas de siempre, lo irónico es que ni sé muy bien para qué las tomo.

En verdad, es una tarde hermosa. Hay unas preciosas rosas amarillas en el jardín, desde aquí se ven perfectamente, y la fuente... ella está llena de un sinnúmero de aves de diversos plumajes y cantos maravillosos.

Es una tarde tan, tan similar a aquella... a aquella tarde hacen ya 9 años...

Capítulo 2

Abril 17. El hombre del parque

...Aquella tarde, me encontraba en un extenso y hermoso parque que quedaba a pocas calles de mi casa. Iba muchas veces allá. Me gustaba caminar por sus prados y ver cómo las aves llegaban a mi lado cuando les arrojaba nueces o maíz.

En realidad, ese parque era maravilloso, estaba lleno de hermosos arces rojos, magnolias de follaje brillante, con fragantes flores blancas y algunos olmos enormes y robustos que se engalanaban con diminutas flores coloridas; había un hermoso lago y una espléndida fuente rodeada de unos radiantes crisantemos, preciosos narcisos blancos, unas cuantas violetas y estaba revestida de dulces jazmines.

Esa tarde me encontraba muy triste, algo que en mí era completamente normal. Por esa razón fui al parque. Siempre que me sentía así, aquel era mi lugar favorito para refugiarme. Esos prados tupidos por una suave y espesa grama poseían un encanto particular que dulcificaba mis sentidos, sosegaba mi espíritu. En especial, me cautivaba la fuente; ésta era enorme, hermosa, cristalina, plácida... el caer del agua me relajaba. Me gustaba pararme frente a ella y simplemente perderme en el rocío y tintinear de sus diáfanas y pequeñas gotas; abandonarme en el deleite de la danza silenciosa de las aves y sus melodías prodigiosas. Cerré los ojos y me sumergí en aquella mágica escena que me elevaba y me hundía al mismo tiempo en pensamientos vacíos.

Estaba absorta en mi propio mundo... abstraída en mi exclusiva realidad.

Escuché de pronto una voz masculina que emitía una preocupada pregunta al mismo tiempo que una mano sujetaba mi brazo. Abrí mis ojos lentamente y al volverme, vi a un hombre alto, de contextura gruesa, ojos azules, cabello castaño y piel blanca.

Era muy atractivo... realmente atractivo.

- ¿Estás bien? -repetía insistente, inquieto.

Yo solo lo miraba, veía su rostro, escuchaba su voz, detallaba sus ojos, los cuales eran de un azul cristalino y a la vez penetrante. Estaba cautivada, embelesada, maravillada... Segundos después, asentí por fin; pero casi no pude exclamar aquellas palabras, era como si estuvieran atrapadas, como si no pudiesen salir de mi garganta. Apenado me explicó rápidamente que se me había acercado porque pensó que algo estaba mal, que me vio tan

ausente y lejana que asumió que yo necesitaba ayuda y luego de una sentida disculpa dio media vuelta y se alejó.

Lo vi marcharse; tenía un cuerpo varonil, fuerte, atlético. Caminaba con elegancia, lleno de una seguridad casi intimidante. Mientras se alejaba, muchas emociones recorrían mi cuerpo y una profunda confusión me invadió. Sobrecogida regresé a la casa. Acostada en mi cama con la mirada fija en el techo aún seguía con su imagen viva en mi memoria. Recordaba su rostro, su voz cálida, suave; sus ojos... sus hermosos ojos azules...

Me senté de pronto... totalmente sorprendida y ruborizada por ese tipo de pensamientos. Nunca antes había pensado en alguien de esa manera. Es más, nunca antes ningún hombre había provocado en mí esa clase de inquietud, de desasosiego... Estaba completamente confundida, aturdida, aterrada.

En ese momento sonó el teléfono, estaba tan sumergida en estas cuestiones que casi caigo de la cama sobresaltada. Era Catiana, mi mejor amiga en ese entonces. Me invitaba a una fiesta que se daría en la playa por la noche. Me informó que era una reunión organizada por algunos compañeros de universidad de Jessica, que no podíamos faltar y, por lo tanto, pasaba a recogerme a las 8 p.m. Intenté, como siempre, rehusarme, pero no me lo permitió y a las 8 de la noche pasó por mí. Catiana sabía que no me gustaban las fiestas, en verdad las detestaba, pero ella ideaba siempre la forma de sacarme de la casa y distraerme un poco; pues, aunque, en aquel entonces, yo tenía 17 años de edad, era una joven introvertida, siempre nostálgica y callada. Y aunque vestía como cualquier adolescente, con ropa informal y de temporada, mi temperamento era tosco, opaco, gris.

Físicamente, en aquel entonces, yo tenía un largo cabello castaño, ojos color miel, piel trigueña, contextura delgada y firme debido a que el ejercicio físico era para mí otro medio de escape, sin embargo, para mí, la apariencia física estaba en el último nivel de importancia, aunque no descuidaba nunca mi presentación personal.

Pero aquella tarde algo extraño sucedió en mí. Algo cambió.

Cuando Catiana llegó por mí, eran aproximadamente las 8:30 p.m. y contrario a todo lo que supuse, no me negué.

Fuimos aquella noche a la fiesta de la playa: Caty, Jessy, Karla y yo.

.....

Karla, Jessica y Catiana eran mis únicas amigas. Desde pequeñas sosteníamos una relación estrecha, sincera, incondicional; éramos como

hermanas y pese a mi mal carácter tenían el maravilloso don de soportarme; aún en mis días más amargos, estaban siempre conmigo. Sobre todo, Catiana, quien, para ese entonces, era realmente maravillosa.

Aun no comprendo por qué acepté ir aquella noche. No me gustaba la playa y a las fiestas las aborrecía; el bullicio, la multitud, el desorden, era para mí, algo realmente insoportable; sin embargo, cuando Catiana llegó a buscarme, no tuvo que insistirme mucho. Ahora que lo pienso... quizá acepté porqué lo que yo quería en esos momentos era distraerme, liberarme de todos aquellos pensamientos que me tenían confundida.

Cuando llegamos había muchas personas divididas en grupos alrededor de fogatas; nos unimos a un pequeño grupo de jóvenes, todos ellos compañeros de estudio de Jessica que estaban cerca del, en ese momento, apacible océano. Jessy se alejó unos momentos mientras saludaba a algunos invitados. Karla estaba con Jonathan, mi hermano. Ellos eran novios desde hacía aproximadamente dos años, sin embargo, para esos días la relación no marchaba nada bien. Catiana y yo estábamos junto a ellos y por primera vez en muchísimo tiempo yo reía, me divertía. Los jóvenes con los que estábamos eran muy agradables y divertidos; con sus bromas y ocurrencias nos hacían reír, logrando por un feliz momento hacerme olvidar todas mis inquietudes y perturbaciones. Pero... de pronto, inadvertidamente miré hacía un grupo de personas que estaban alrededor de una fogata un poco separadas de nosotros y en ese mismo instante mi corazón dio un vuelco dramático... entre ellas, esta él, estaba ahí...

Ahí estaba.

El hombre del parque... aquel que con una simple mirada había causado tantos trastornos en mi mente y en mi corazón. Me miró, sonrió y me saludó con su mano. Me quedé mirándolo. El siguió conversando con aquellas personas y yo... yo estaba nerviosa, con la risa desaparecida de mi rostro y al borde de un paro respiratorio. Lo miraba, sólo lo miraba...

Me paré de pronto. No podía seguir sentada. Quería irme de ahí, caminar, correr, no sé, cualquier cosa; su sola presencia me alteraba, me perturbaba... no sabía por qué y tampoco deseaba que eso siguiera sucediéndome. Entonces, caminé varios minutos. Primero a paso veloz, luego un poco más calmada y por último muy, muy despacio. Me detuve un momento, veía el inmenso océano colmado de pequeñas luces reflejadas en sus profundas aguas; miraba el leve movimiento de las olas jugueteando entre el fulgor plateado de su delicada espuma. En mi pecho estaba estancada una fuerte opresión. Me sentía molesta por todo aquello que me sucedía, por dejarme embestir de ese exquisito hálito de desazón que me confundía y al mismo tiempo me atraía. Seguí caminando, meciendo inconscientemente las sandalias con mi mano, hasta que llegué

a una roca enorme y plana; me senté apoyando la barbilla en mis rodillas recogidas y me perdí en la majestuosa dimensión de aquel océano. Todo estaba en silencio, solo se escuchaba el leve susurro de las olas. Era un silencio adormecedor, embriagante...

De pronto... fue interrumpido.

- Hola -me levanté inmediatamente y me encontré ahí, frente a frente con él. Su cabello brillaba bajo la luz de las estrellas al igual que sus hermosos ojos azules- Me alegra volver a verte -su voz era suave, profunda, tranquila. Me miró detenidamente. Yo estaba nerviosa. Extrañamente emocionada. Se apoyó en la roca y yo vacilante lo hice igualmente- ¿Cómo te llamas?

- Damiana -contesté nerviosa- Me llamo Damiana.

- Encantado -extendió su mano- Me llamo... Daniel... -sonrió.

Sujetó con su mano firme pero suave, la mía. Mi cuerpo sintió un estremecimiento intenso al experimentar aquel contacto. Por un momento guardamos silencio; él observaba el océano y yo su rostro, su hermoso rostro. Me sentía un poco sobresaltada. Invasión repentinamente de enorme alborozo.

- Dudé mucho cuando mi hermana me habló de esta fiesta -comentó mirándome con intensidad- Y hasta hace unos minutos pensaba que había sido una pérdida de tiempo. Pero ahora le agradezco mucho la insistencia para que la acompañara -yo estaba fascinada con el tono de su voz, la perfección de su rostro, el brillo de sus ojos. Fueron segundos mágicos en los cuales me sentía atraída, absorta, cautivada; segundos en los que mis ojos no pudieron, ni quisieron abandonar los suyos- Te veías muy divertida hace un rato con tus amigos, tanto que casi no pude reconocerte.

- ¿Reconocerme? -pregunté interesada.

- Sí. La joven de esta tarde no parece ser la misma de esta noche.

- La joven de esta tarde es la verdadera -anoté un poco más seria y atribulada- La de hace unos momentos no suele aparecer con frecuencia...

- Entonces soy muy afortunado, ya que en el mismo día conocí a las dos -sonreí halagada- Es una noche hermosa -comentó segundos después, alcé mi mirada para contemplar el hermoso y ébano manto saturado de estrellas resplandecientes- Pero es tu compañía la que la torna especial.

Mis mejillas se encendieron al encontrarme con sus ojos. En ese momento se derrumbó inmediatamente la aparente calma que hasta entonces me cubría. El corazón me estalló precipitado y mis nervios colapsaron.

- Debo irme

- No quería molestarte, solo...

- No... -sonreí apenada- No estoy molesta... solo que ya debo regresar con mi grupo -yo quería correr y al mismo tiempo quedarme a su lado. Quería gritar y al mismo tiempo callar para siempre, pero solo me despedí.

- ¿Te acompaño? -insistió cortés

- No... -y me fui.

Caminé tan rápido como pude, casi podía sentir que corría. Me fui... hui... con mi frenético corazón galopando tan deprisa que amenazaba con salirseme del pecho.

.....

Ha entrado nuevamente Susana en la habitación, pero esta vez viene acompañada por Harry.

- Está oscureciendo, Damiana, debes descansar -fueron las palabras del doctor, luego me levanta de la silla y me ayuda a acostarme. Harry me hizo las últimas revisiones del día y Susana me inyectó en el brazo. Se despidieron y salieron.

En verdad me siento muy cansada... No solo es cansancio físico, es también un profundo dolor que se me ha clavado en el pecho al evocar el recuerdo más feliz y al mismo tiempo el más amargo que tengo. No solo porque Daniel fue mi mayor felicidad, sino porque también es el causante de mi amargura y de mi dolor.

Capítulo 3

Nuevamente estoy frente a mi ventana. Es un nuevo día, son exactamente las 9:17 de la mañana. El doctor Edman, mi psicólogo, insiste en que escribir me hará mucho bien..., que, si deseo que el doctor Benson, mi psiquiatra, deje de prescribirme antidepresivos y ansiolíticos, que tantos malestares me producen, empiece por seguir sus indicaciones, así sea una tan pequeña como es escribir. Esta mañana no estoy para nada de acuerdo... Pasé muy mala noche, los recuerdos se apoderaron de mí y me torturaron a su antojo. Siento que es mala idea esto de escribir; quizás no deba continuar, pues... el solo hecho de recordar me lastima y sé que, si revivo todo aquello, mi pobre y débil vida esta vez no lo resistirá... pero... por otro lado... creo que ya nada... ya nada me puede causar más daño.

Capítulo 4

El reencuentro

Después de esa noche en la playa, pasaron varias semanas y no supe más de Daniel. Pensaba en él a cada momento, recordaba su voz, su sonrisa, su rostro, sus ojos... Me había hecho a la idea de que solo era un bello recuerdo; estaba completamente segura que nunca más volvería a encontrarme con él, pero muy, muy dentro de mí llevaba abrigada la esperanza de que Daniel se cruzara nuevamente en mi camino y... afortunadamente, así fue.

Esa tarde estaba estudiando en una de las sillas del jardín. Me tomaba un jugo de naranja y leía un libro cuando sonó mi teléfono. Era Karla, sonaba alterada, nerviosa. Entre lágrimas y sollozos logré entenderle que necesitaba hablar conmigo, que tenía algo urgente que contarme; no quiso llegar hasta la casa, entonces acordamos encontrarnos en el parque. Salí inmediatamente. Estaba preocupada, aunque últimamente era normal que Karla llamara en ese estado después de una pelea con Jonathan, me inquietaba eso tan urgente que tenía que contarme. Diez minutos después llegué; la busqué, pero no la encontré: 'No ha llegado', pensé; así que decidí esperarla. Transcurrieron así 40 minutos más y Karla no llegaba. A medida que pasaba el tiempo me convencía de que todo no era más que una de las tantas crisis nerviosas de las cuales sufría; de seguro cuando me llamó se había peleado "nuevamente" con Jon y ya se habían reconciliado.

En esas últimas semanas discutían mucho. Jonathan me había comentado con anterioridad que estaba desesperado y que quería terminar con aquella relación que cada vez se hundía más. Karla no aceptaba esto y seguía empeñada en algo que, según él, ya no tenía remedio. Ella lo amaba, pero a pesar de eso, tenían una relación inestable y anormal; siempre discutían. Jon culpaba a Karla, decía que era posesiva, caprichosa, celosa y realmente lo era; el amor que Karla sentía por Jonathan se le estaba saliendo de las manos, estaba por completo fuera de control. Desde que estaban muy jóvenes supe que ellos dos se atraían, existía entre los dos una fuerte química que era más que evidente, pero fue hasta un año después de que Jonathan sufriera una fuerte desilusión amorosa que se unieron en una relación romántica.

Aquella pareja fue una de las pocas alegrías que tuve hasta entonces. Jon se veía alegre, entusiasmado, muy interesado y Karla estaba dichosa. Pero con el pasar de los meses Karla se tornó obsesiva, celosa, insegura; poco a poco fue extinguiendo aquel gran cariño y respeto que Jon le profesaba desde adolescente. En los últimos días esa relación andaba peor

de lo normal, tanto que estaban al borde la ruptura definitiva.

Me disponía a irme, pues ya había pasado una hora y estaba segura que Karla ya no vendría, cuando nuevamente, después de todo aquel tiempo, volví a ver a Daniel. Estaba parado con las manos en los bolsillos de su abrigo, justo enfrente de la fuente donde yo estaba la primera vez que lo vi. Me acerqué a él, lentamente. Lo llamé tímida, con una pequeña sonrisa en mi rostro. Él se volvió, me miró y en sus ojos resplandeció un brillo de sorpresa y alegría. Yo estaba fascinada, con un sinnúmero de emociones recorriendo mi cuerpo. Intercambiamos dos o tres frases amables y me despedí dando la vuelta. Me detuvo tomándome del brazo y me ofreció llevarme a casa.

- No hace falta -agradecí cortésmente- Vivo cerca, puedo irme caminando.

- Insisto, por favor -cómo negarme ante tanta caballerosidad y encanto.

- Está bien -acepté emocionada.

Una vez en camino, noté un extraño gesto de perturbación al indicarle el trayecto que debía seguir, pero estaba más interesada en su encantadora compañía, en su cautivante perfume, que pronto olvidé el asunto. Es que en esos momentos me sentía tan absorta en su mirada, que todo lo demás carecía de importancia; mi mundo solo giraba en torno de esos ojos que me miraban con intensidad, de esa sonrisa en su rostro que me sujetaba, de esa voz cálida que me envolvía, que me embriagaba... pero de pronto... toda aquella magia abruptamente se desvaneció. Su agradable rostro se transformó inmediatamente al enunciarle que llegábamos. Me miró serio, deteniendo el auto. Le agradecí inquieta, fijándome en su insólita actitud. No pronunció palabra alguna solo me miró detenidamente como si estuviera reconociéndome. Intentaba bajarme del auto cuando me detuvo.

- ¿Tu apellido... -preguntó ofuscado- ...tu apellido es Eslodon? - desconcertada y sorprendida confirmé su inquietud. Su rostro se tensó y sus facciones se endurecieron- Entonces tú eres... Elizabeth... Elizabeth Damiana, la hija menor de Víctor Eslodon -sonrió irónico.

- ¿Cómo lo sabes? -pregunté confundida.

- Creo... es mejor que te bajes de una vez -su voz sonó muy dura y su mirada se fijó en el frente.

Lo miré desconcertada; sentí un profundo dolor en mi pecho; abrí la puerta y salí. Puso en marcha el auto y se alejó, dejándome triste, afligida y profundamente desconsolada.

Capítulo 5

Abril 18

Definitivamente mis días son vanos, insulsos, insípidos, incoloros, vacíos

Por lo menos para mí lo son.

A las 6 de la mañana, llega Susana, siempre me encuentra despierta, entonces prácticamente me obliga a levantarme y me ayuda a asearme y a vestirme. A las 7 me trae el desayuno; a las 8 me inyecta y debo tomarme las pastillas. Una vez cumplida esta última tarea se marcha y me deja por fin tranquila. Luego tomo el diario y continúo con mi escritura hasta donde el agotamiento me lo permite. A las 12 me trae el almuerzo, comida que de por sí considero desagradable e insípida, nada apetecible. A la 1 de la tarde, nuevamente me inyecta y a las 2 p.m. otras dichas pastillas, que a propósito las detesto y algunas veces me rehúso a tomar. Por las tardes, sobre todo antes de empezar el recuento de mi historia, solo me acostaba y tomaba una corta y superficial siesta, pero ahora, después del descanso retomo la escritura; otras veces, Susana me saca de la habitación, me da un pequeño paseo por los jardines y me deja unos minutos en el patio, tomando "supuestamente" algo de aire puro (situación que de por sí considero absurda y tediosa), pero según Harry, eso me ayuda a no sé qué funcionamiento de no sé qué cosa... en fin, últimamente los benditos paseos solo se limitan a algunos pasillos poco luminosos ya que 'inesperadamente' me molesta un poco la luz del sol y claro, nada de estancia en el jardín. A veces me lleva a la sala principal, pero siempre me niego a permanecer en ese sitio y mucho menos compartir con otros pacientes, eso me desagrada y me deprime aún más. Luego regresamos a la habitación y no vuelve sino hasta las 6 de la tarde cuando me trae la comida, que muchas veces devuelvo tal cual llega. Rato después viene Harry, me ayuda acostarme en la cama, se queda unos momentos haciéndome compañía, casi siempre me regaña por no comer, según él, adecuadamente, y antes de irse, sino he dejado que Susana me inyecté, él mismo me coloca la infeliz inyección.

Esa es mi 'maravillosa', 'amena' y 'divertida' agenda diaria.

Muy 'agradable', realmente 'gratificante'...

Detesto tanta monotonía, tanto tedio, tanta lasitud, tanto aburrimiento.

Lo lamentable de todo este asunto, no es mi desprecio por esta vida tan fútil, simple, fría y desabrida; lo terrible y doloroso es que no hay

absolutamente nada que hacer al respecto... y lo peor es que yo nada quiero hacer al respecto... nada.

Capítulo 6

Catiana

Pasaron los días después de aquel encuentro con Daniel.

Estaba tan confundida, invadida de preguntas, dudas, interrogantes, que una vez salí de clases me fui directamente para el parque. Necesitaba paz, serenidad, sosiego. Pero no fue tan fácil. Parada frente a la fuente no dejaba de pensar, de buscar unas explicaciones que no encontraba; algo que me diera luces sobre su absurdo comportamiento. ¿Por qué había tomado aquella actitud?, ¿Cómo supo mi primer nombre?, ¿Cómo sabía quién era mi padre? Me dolía recordar ese cambio tan abrupto e inesperado... me atormentaba evocar esa hermosa sonrisa en sus labios, ese brillo en sus maravillosos ojos, esa tibieza en su voz, y luego... rabia, hostilidad, sombras, ¿por qué?, ¿Qué era eso tan grave que lo había transformado en un instante en un ser tan desagradable? y ¿por qué me sentía tan mal?, ¿por qué?... No quería sentirme así, odiaba sentirme así, es que, no sabía qué me estaba pasando... solo sabía que desde que lo había conocido ya no tenía un momento de paz; que de todos mis pensamientos era dueño absoluto.

Era la primera vez que algo así me sucedía. Tuve pretendientes jóvenes, adolescentes casi de la misma edad que yo, pero nunca me interesaron. Mi desprecio y apatía hacia ellos los alejaba rápidamente. Entonces... ¿Qué me sucedía con Daniel?, con él era todo tan diferente... tan inusual. Él era mucho mayor que yo, era un completo desconocido, no tenía ni la más mínima idea, indicio, pista o señal de quién era él; solo habíamos intercambiado unas pocas palabras; sin embargo, sin darme cuenta ya se había apoderado por completo de mi vida.

Yo sola no podía con todo eso. Necesitaba desahogarme, hablar de todo aquello que llevaba por dentro, entonces fui en busca de Catiana.

Catiana tenía en aquel entonces 23 años de edad, estaba a pocos meses de terminar su pregrado en medicina veterinaria. Era dueña de un temperamento maravilloso. Era alegre, entusiasta, divertida; completamente incondicional, honesta, responsable, comprometida con todas sus causas. Físicamente poseía una belleza sin igual: tenía una larga cabellera rubia y lisa; sus ojos verdes matizaban perfectamente con el color de su piel; y su bello rostro armonizaba con su figura esbelta, delineada y muy bien cuidada. Yo la amaba infinitamente, era para mí, como mi hermana mayor. En ese instante de nuestras vidas, poseíamos una amistad absoluta, sólida, y estaba completamente segura, que era

irrompible...

Cuando llegué a casa de Catiana, la encontré en la perrera; era un enorme albergue que construyó en el patio de su casa, con habitaciones acondicionadas especialmente para brindarles bienestar y confort a sus animales. Para ella ese lugar era un santuario, el territorio más importante y protegido de su casa. Tenía dos cachorros dálmatas: Lalo y Tato, que le regalaron sus padres en su último cumpleaños; Beto, su primera mascota, un enorme San Bernardo que se compró con el ahorro de sus mesadas cuando estaba en la secundaria; Teddy, un labrador dorado que le regalé el día de su graduación, y por último, René, su consentido, un hermoso chihuahua que encontró perdido en las calles al cual desde entonces adoptó. Amaba a esos animales más que a cualquier otra cosa en el mundo; ellos eran el motivo principal de muchas de las causas que abanderaba, proyectos que lideraba en pro del bienestar animal y de la defensa de los mismos. Tenía una fundación de la cual era presidenta y fundadora, la cual se encargaba de recibir y albergar a cuanto animal callejero y abandonado se cruzaba por su camino. Estaba completamente comprometida con ese ideal; era su pasión, su delirio, su vocación.

Esa tarde cuando fui a verla, estaba peinando a sus perros, labor que realizaba concienzuda, cuidadosa y escrupulosamente. Entonces la esperé, pues cuando Catiana Martin estaba con sus pequeños amores no había en el mundo poder humano, ni divino que la pudiese sacar de su embeleso.

Una vez terminada su veneración, se sentó a mi lado y escuchó con atención y cuidado mi desahogo. Le conté cómo había conocido a Daniel, le detallé todo aquello que él desconcertadamente producía en mí; le expuse lo inquieta y temerosa que me encontraba por toda aquella descarga de emociones y sentimientos que se desbocaban dentro de mí y, por último, de su inaudito comportamiento al final. Acabada mi emotiva exposición, inició ella sus acertadas conclusiones:

Dedujo que toda aquella desbordada emoción que transitaba dentro de mí era quizás producto del eterno sentimiento de soledad y abandono que empecinada permitía que me consumiera; que en esos momentos estaba experimentado sentimientos antes neciamente ignorados y conscientemente inhibidos y eso era lo que creaba en mí tanta confusión y desasosiego; que el comportamiento de Daniel era debido a que, tal vez, por alguna razón desconocida para nosotras, el conocer mi apellido lo había intimidado, de seguro, enunciaba con convicción, había tenido o tiene algún problema con Víctor. Entonces, finalmente concluyó, sin intención de menoscabar mi angustia, que como no lo volvería a ver, pronto lo olvidaría y todo ese asunto quedaría cancelado. Suspiré triste ante tan atinada e indiscutible lógica, entonces apoyando afligida mi cabeza en sus piernas, acepté mi trágico destino. Intentó dulce y cariñosamente consolarme y reanimar mi espíritu, pero contó con muy

poca suerte; y aunque aceptaba sus conjeturas no podía evitar sentirme aniquilada. Me recordó entonces nuestros lemas pasados, aquellos que versaban sobre la imposibilidad de la existencia del Amor romántico, el cual reducíamos a una emoción inútil, fácilmente dominable. Me evocó nuestro precepto antiguo de que nunca nos permitiríamos ser presas de aquel superfluo sentimiento. Y entre una y otra remembranza logró sustraerme una sonrisa.

La amaba en verdad.

Catiana, era simplemente, prodigiosa.

Logró en una tarde lo que en casi un mes yo no había conseguido: sosegar por un instante, mi agitado corazón. Después de todo, era cierto, nunca antes había creído en el Amor, pero por supuesto, es que él nunca antes había tenido algún tipo de manifestación en mi vida. Ninguna. Catiana compartía conmigo esa convicción anterior de la inexistencia del Amor romántico. Esa tarde después de nuestra larga conversación ratificó su postura. Se convenció aún más de que él, el Amor, solo era un sentimiento fútil, vano e ingrato que ella nunca permitiría que entrara en su vida. La miré compasiva. Cuán equivocada estaba. Al igual que en mi caso, ese sentimiento tan "vano y fútil" como ella lo llamaba, nunca se había presentado en su vida, por eso pensaba así. Intenté persuadirla de su obstinada posición para que, ante la llegada, casi siempre inesperada pero segura y certera del Amor, no se sintiera como yo, desorientada y abismalmente apabullada; pero fue completamente en vano, mi experiencia no logró hacer mella alguna en su porfiada ideología.

De regreso a casa me sentía un poco más tranquila, había por un momento expulsado mis tormentos y había conseguido nuevamente sonreír, todo debido a esa maravillosa amiga que adoraba desde lo más profundo de mi ser... Catiana.

Capítulo 7

Una familia pequeña

Al día siguiente cuando regresé de clases del colegio estaba esperándome en la sala de la casa, mi padre.

- ¡Hola, princesa! –sorprendida corrí y me arrojé en sus brazos; acababa de llegar de uno de sus interminables viajes de negocios. Estaba feliz, emocionada. Papá indagó, como siempre lo hacía, sobre mi rutina diaria, las actividades realizadas y mi desempeño escolar. Se inquietó mucho al confirmarle que seguía recluida en la misma cotidianidad de siempre, en un diario vivir sin sobresaltos, ni aventuras adolescentes. Intentó una vez más animarme a que explotará todo ese potencial rebelde propio de mi edad, que procurara explorar el mundo que se desplegaba ante mí una vez abriera la puerta principal de mi casa; pero como siempre, le expliqué que yo no era ese tipo de persona, que mis más alocadas pasiones se limitaban a leer un buen libro o alquilar una película documental.

Insistía en el asunto cuando recibió una llamada. Generalmente sus conversaciones no eran para mí de ningún interés, pero ésta en particular me llamó la atención ya que era un tema ya recurrente en las conversaciones de mi padre y el evidente malestar que éste le generaba. Yo poco entendía sobre el asunto, solo lograba percibir que se trataba de un asunto relacionado con un socio del pasado y con el cual necesitaba reunirse con suma urgencia para cerrar no sé qué tipo de negocio. Intenté indagar, más por curiosidad que por otra cosa, sobre el tema, pero papá nunca quiso aclararme de qué se trataba, nunca quiso darme mayores detalles; sin embargo, yo percibía que algo no estaba del todo bien en todo aquello, pero no le di mayor importancia, igual, si papá no quería darme detalles por mí estaba bien.

Rato después me preguntó por Jonathan, pero yo solo sabía un poco más que él. Jonathan no permanecía mucho tiempo en la casa. Me pidió entonces que lo localizara y que le informara que en las horas de la noche tendríamos una reunión familiar para tratar un asunto importante. Hacía casi tres años que no teníamos este tipo de reuniones, es más, que no teníamos ninguna reunión. Traté de sacar un poco de información, pero fue en vano, dejó muy claro que solo hablaría de ello, una vez estuviéramos Jon y yo presentes. Y luego se despidió pues, según él, debía tratar algunos asuntos urgentes.

Víctor Eslodon... así se llamaba mi padre; el hombre que más amaba, admiraba y casi idolatraba en aquel momento de mi vida. Papá siempre se había destacado por ser un hombre correcto, muy inteligente, dedicado sin tregua a su trabajo; amaba todo lo que hacía, por eso era perseverante y eso lo hacía un triunfador.

Físicamente, hace 9 años, era alto, con una belleza exterior perfecta, y no lo digo porque fuera mi padre, en verdad era muy guapo. Papa, Jon y yo éramos muy parecidos físicamente: ojos cafés claro, cabello castaño, piel trigueña. Pero Víctor y Jon tenían una apariencia atractiva, varonil; un encanto natural que los hacía irresistiblemente cautivantes. Poseían un enorme sentido de la honestidad, eran prodigiosamente responsables, dueños de una gran entereza y firmeza de carácter. Yo me sentía enormemente orgullosa y feliz de tenerlos a mi lado, mi vida en ese entonces tenía sentido gracias a que ellos, esos seres maravillosos, hacían parte esencial y primordial de mi existencia.

Éramos una familia pequeña.

Víctor y Elizabeth, mi madre, se casaron muy jóvenes, pero infortunadamente él enviudó a los pocos meses de haber yo nacido. Después del nacimiento de Jonathan, mamá quedó muy débil debido a una afección cardíaca severa y no debía tener más hijos; pero amaba tanto a mi padre que quiso darle una hija, la hija que Víctor siempre había deseado. 11 años después de su primer parto hizo realidad su deseo, pero con el alto precio de la muerte.

La muerte de mi madre era mi más fuerte tormento, ya que me sentía la directa responsable. Pensaba que si mi padre y Jon habían quedado solos era por mi culpa; quizás por eso sufría de fuertes y constantes depresiones y poseía un temperamento tan melancólico, ya que muy dentro de mí deseaba no haber nacido pues así, no habría matado a mi madre. Sin embargo, pese a todo y mi carácter, Jonathan y yo teníamos una relación muy especial. Nos amábamos infinitamente. A pesar de llevarnos 11 años de diferencia en edad, éramos muy buenos amigos; me confiaba sus cosas, siempre tenía en cuenta mi posición ante cualquier decisión que tuviese que tomar, personal, laboral o social. Yo muchas veces no tenía ni idea de los negocios e inversiones de las que me hablaba, pero él era feliz explicándome detalle a detalle para saber si yo estaba de acuerdo o no en el paso que iba a seguir.

Papá y Jon tenían una relación mucho más cercana, más íntima, se confiaban secretos y aventuras que, según él, por mi edad, no me podía compartir. Pero en aquellos días todo eso había cambiado. Tres años habían transcurrido ya y de esa hermosa, confiable e incondicional relación no quedaba absolutamente nada. Todo había cambiado. Lo peor era que yo desconocía los detalles y el motivo principal de su distanciamiento. Solo, un buen día, me levanté y entre ellos se había

levantado un muro hermético e infranqueable. A pesar de toda la confianza que Jonathan me tenía, nunca había querido explicarme, ni contarme lo sucedido. Se mantenía reservado y completamente cerrado en cuanto a ese tema se refería.

En aquel entonces los días transcurrían así. Habitábamos una hermosa y lujosa mansión, que, aunque tenía bellos acabados, finos adornos, una magnífica decoración, espacios iluminados, etcétera, etcétera, etcétera... cada quien vivía por su lado...

Víctor casi no permanecía en la ciudad, sus viajes y ausencias se incrementaron a tal magnitud que últimamente solo lo veía una o dos veces al mes.

Jon, aunque no se había mudado completamente para su apartamento, ya no convivía en la casa; casi nunca lo veía, excepto cuando él mismo se dejaba ver...

Y yo... yo cada vez me hundía más en mi espesa y agobiante soledad.

Amaba a mi hermano, amaba a mi padre... pese a cualquier contrariedad que sobreviniera... eran mi mayor y única alegría. Siempre me preocupaba por buscar su felicidad; los instantes que compartía con alguno de los dos, insistía en atiborrarlos del inmenso amor que les profesaba, brindarles todo el bienestar que podía. Tal vez lo logré en algunas ocasiones y en otras fallé terriblemente, pero los amaba y los amo con toda mi alma y hoy más que nunca los recuerdo.

Siento en mi alma un dolor profundo al no tenerlos presente, me embarga una terrible angustia y desconsuelo el evocar sus recuerdos y me hunde irremediabilmente en la pena y la amargura la certeza del nunca... nunca más.

Capítulo 8

Abril 22

Nuevamente tomó lápiz y papel.

Hace 3 días sufrí una fuerte recaída (nada nuevo en mi caso), con fuertes y horribles dolores de cabeza. Pero gracias a los meticulosos cuidados de Harry y la vigilancia de Susana, estoy nuevamente estable.

.....

La llegada de mi padre me alegró enormemente; aplacó un poco el hondo dolor que llevaba por dentro.

Ese mismo día por la tarde, mientras hacía algunas tareas escolares en mi cama, entró mi hermano a mi habitación; me abrazó, me besó en la frente y se sentó a mi lado. Después de darme una explicación detallada y pormenorizada de los inconvenientes y efectos dañinos de hacer las tareas en la cama y después de una ligera e inofensiva charla me contó que hacía ya varios días había terminado con Karla. La noticia no produjo en mí gran sorpresa, es más, eso me lo supuse desde aquella tarde cuando Karla me llamó angustiada. Las razones expuestas por Jon eran las mismas de siempre: "No me deja un minuto a solas", "es obsesiva y celosa", "vigila cada uno de mis pasos", "siempre está molesta", "nunca me escucha y grita por cualquier cosa"; pero esta vez había una razón más: "tampoco soporta mi amistad con Jessica". La verdad esa última razón sí produjo en mí gran desconcierto. Jonathan y Jessica nunca antes se habían llevado bien. Para Jon, Jessica era una niña engreída, sosa y fastidiosa; es más, cada vez que le pedía que la acompañara a alguna reunión o que saliera con ella, me sacaba mil y dos pretextos y en últimas me confesaba que le parecía aburridísima. Invadida entonces en recuerdos, evoqué también lo mucho que le pedía que la invitara a esos paseos en bicicleta que Catiana y él acostumbraban, hace algunos meses atrás, a dar los fines de semana y los muchos obstáculos que ponía. Tampoco comprendía por qué Karla se molestaba por esa amistad. Recordaba perfectamente que ella era una de las más interesadas en que Jessy y Jon se conocieran mejor; muchas veces se inventaba paseos solo para que ellos dos se acercaran y por mucho que se esforzó, ni Jonathan ni Jessica, nunca hicieron siquiera el intento. Entre sonrisas avergonzadas y remordimientos tardíos, Jonathan reconoció que aquellos juicios se los había formado sin fundamento alguno, que nunca se había dado la oportunidad de conocer realmente a Jessica y que lo importante en esos momentos, era que ya había

cambiado de opinión. Me señaló entonces que Karla con sus inaguantables celos terminó viendo fantasmas en donde no los había. Me recordé igualmente que los paseos con Catiana, habían terminado por la misma Karla, ya que, para ella, era sospechoso que saliera tan seguido con otra persona que no fuera ella. Jonathan y Catiana se tenían un cariño muy especial, un afecto de hermanos que los unía desde pequeños; eso siempre lo tuvieron muy claro, por eso se divertían tanto juntos. Eran dos hermanos compartiendo una tarde juntos. Pero hasta eso terminó destruyendo Karla, pues Catiana llegó a sentirse tan incómoda y molesta con las recriminaciones y acusaciones que ésta le hacía, que terminó por cancelar aquella rutina que tanto disfrutaba. Algo por el estilo quería hacer con la amistad que Jessica y él iniciaban, solo que esta vez, según Jonathan, no estaba dispuesto a permitirselo. Me aclaró además que no solo visitaba a Jessica, también iba para hablar un poco con Andrés, el hermano de Jessy. Extrañada indagué sobre la presencia de Andrés en la ciudad. Según Jessica me había contado, hacía algunos años se había marchado a París y ella pensaba que nunca más volvería. Jon me explicó que Andrés estaba solo de visita ya que Papá Ricardo, el padre de Jessica y Andrés, seguía muy enfermo (divagamos un poco en el tema de la enfermedad). Minutos después retomando el tema, me manifestó que por mucho que intentó explicárselo a Karla, ésta no lo quiso entender. Repetía molesto que era testaruda, caprichosa, posesiva, en fin... que ya no la soportaba más, y que a esas alturas tampoco le interesaba que entendiera nada. Traté de interceder explicándole que tal vez todo aquello era producto de los celos que la dominaban, pero que después de todo Karla lo amaba. En total desacuerdo contradijo mi argumento señalando que aquello no era amor, sino simplemente una extraña manipulación de la mente enferma de su exnovia. Que estaba cansado de sus patéticas maniobras de persuasión, de esos ataques de ira que la dominaban cuando no sabía manejar la situación y de sus promesas neuróticas de matarlo si lo veía con otra mujer.

Aquella tarde lo vi realmente molesto, como pocas veces lo estaba; el desprecio y la repulsión lo hostilizaban, y a pesar de mis temores a las palabras amenazantes de Karla, no quiso dar crédito a tan altisonante promesa. Quise persuadirlo para que tratara de arreglar las cosas con Karla, pero todo fue en vano y dándome un fuerte abrazo y un beso en la frente prometió cuidarse de aquellos arrebatados votos proféticos.

- Quiero decirte algo –expresó cauteloso, momentos después

- ¿Qué pasa? –pregunté inquieta– ¿De qué se trata?

- Desde hace unos días estoy saliendo con alguien –lo miré mortificada– No... –me detuvo anticipándose a mi sermón– No, no quiero regaños ni críticas

- No son regaños, Jon –corregí preocupada– Es sentido común, Karla no lo va a aceptar fácilmente. Tampoco es correcto que...

- Me importa muy poco, Karla y lo que se supone que es correcto.

- Jon...

- No, Dam, no –cerró estricto– Solo quería que lo supieras, eso es todo, sin preguntas, sin recriminaciones, solo...

- Lo sé –sonreí conciliadora, me levanté y lo abracé. Me abrazó fuertemente– ¿Quién es ella?

- Eres mi conciencia, Dam, lo sabes, por eso no puedo ocultarte nada, pero esta vez... solo confórmate con lo que te estoy diciendo

- Está bien –acepté discreta– A propósito –recordé de pronto– Papá ha vuelto y quiere reunirnos esta noche –con un gesto de desdén y menosprecio garantizó presentarse a tan inesperada y sospechosa citación. Me dio un beso en la frente y salió cerrando la puerta.

Quedé muy preocupada con lo que me había contado; yo conocía muy bien a Karla y sabía lo impulsiva que era, además, sabía muy bien que ella era de las personas que no hablaba por hablar y de seguro no le iba a gustar para nada la idea de la nueva pareja de Jon.

.....

Papá llegó temprano aquella noche, pocas veces lo hacía, pero según él, aquella era una noche especial. Al llegar preguntó por Jonathan, pero como no había llegado decidió esperarlo para darnos a ambos "la noticia". Jonathan llegó una hora después. Papá y yo lo esperábamos en la sala. Con su reciente actitud mordaz, soberbia y desafiante hacia Papá, informó que su retraso era debido a asuntos mucho más importantes y pidió la mayor brevedad. Papá se irritó ante tan molesto comentario, pero tomando un poco de aire procedió con calma. Se sentó frente a nosotros, serio, un poco nervioso. Lo miré preocupada. Entonces inició un largo recorrido por su vida desde la muerte de mi madre y nos recordó lo solitaria y vacía de su existencia desde entonces. Nos recordó que desde entonces, no había tenido ningún tipo de compañía femenina y que a su edad era necesario un pecho donde abrigar su cabeza cansada. Jonathan se molestó y con el tono más soez que pudo, le pidió concreción en su caricaturesco discurso. nuevamente reprimió el malestar evidente ante la descortesía de Jon y siguió con su exposición; después de muchas vueltas y rodeos tediosos, lo proclamó:

Elizabeth, Jonathan... la razón por la cual los he reunido hoy aquí es...

para decirles que dentro de unas semanas... me voy a casar.

.....

- Buenas tardes, Damiana –ha entrado Susana con la comida. La miré asombrada. ¡Ya eran las seis de la tarde! Fue una tarde muy corta. Es la primera vez, desde que estoy aquí, que una tarde se me hace tan corta– Debes descansar, has pasado toda la tarde ahí sentada. No crees que ya es suficiente.

- Si, Susana, ya es tarde, pero aún no es suficiente

Capítulo 9

Abril 23. Algunos problemas de salud

Recuerdo muy bien aquella noche.

La tengo impresa en mi memoria, tan nítida como si ahora nuevamente la estuviera viviendo. Recuerdo perfectamente las palabras de mi padre:

- Elizabeth, Jonathan.... dentro de unas semanas me voy a casar.

- ¿Qué? -pregunté más que molesta, desconcertada.

No podía creerlo, iba a casarse! Por qué hasta ahora nos lo decía. Indignada censuré su falta de consideración. Titubeante quiso explicarme sus razones: "Necesitaba tiempo", "quería estar seguro", "temía equivocarme", en fin, ninguna convincente. Y mientras yo me consumía en la indignación por el atropello de ser los últimos en enterarnos. Jonathan rumiaba colérico su desacuerdo, solo que sus razones no eran nada similares a las mías; pero no articulaba palabra alguna, los destellos carmesíes que expulsaba su mirada lo decían todo. Sin embargo, Víctor procedió para que la situación se calmara un poco. Después de algunas réplicas y discusiones entendí por fin que, al fin y al cabo, esa era su decisión; además yo siempre había deseado que él rehiciera su vida, que encontrara una mujer que lo amara, que fuese su compañera. Por eso era precisamente que no entendía por qué hasta ahora nos lo decía. Me hubiese gustado conocerla desde un principio, no sé, hablar con ella, pero, bueno... después de todo lo único que me tocaba era esperar que por lo menos fuera una buena mujer, pero ante mi inocente comentario, Jonathan se desbordó en punzantes ironías sobre la nobleza y virtud de la futura contrayente.

- ¡Basta, Jonathan! -gritó papá

Jonathan se levantó desafiante, enfrentándolo. El aire de la sala se volvió pesado y faltaba poco para que el enfrentamiento se tornara violento. Ante esta situación, me paré temerosa entre los dos. Les preguntaba confundida y angustiada de qué se trataba todo aquello, pero Jonathan alegó que las explicaciones no debían proceder de él pero que tampoco estaba interesado en escucharlas y dicho esto, se marchó.

Traté de detenerlo, pero fue inútil. Desconcertada me acerqué a Víctor pidiéndole las aclaraciones que Jonathan se había rehusado a dar. No alcanzaba a comprender el porqué de aquel absurdo enfrentamiento. Víctor solo se limitó a defender la integridad de su prometida

manifestando que ella era una excelente mujer, pese a la insolencia y grosería de Jonathan. No me quedó más remedio que aceptar las ambiguas razones de mi padre y tolerar la idea de aquel inesperado matrimonio.

Solo una condición le puse a Víctor: traerla a casa lo más pronto posible, a lo cual accedió gustoso y prometió solemnemente. Pero esa ha sido la peor decisión que he tomado en mi vida y la única promesa que jamás debí pedirle a mi padre.

.....

Pasaron los días y no tenía noticias de Daniel.

No sabía nada de él y contrario a lo que supuso Catiana, día tras día, sin entender el porqué, lo extrañaba más y más. Quería hablarle, verlo. No podía entender por qué sentía todo aquello, no lo lograba comprender. Trataba de no pensar en él, de no recordarlo, pero el sentimiento era más fuerte que mi voluntad. Lo peor era que cada día que pasaba me hundía más y más en una profunda tristeza. Mantenía de mal humor, sufría de constantes dolores de cabeza.

Jessica fue a visitarme en varias ocasiones; estaba preocupada por mi salud ya que desmejoraba notablemente.

En una de sus visitas le hablé de Daniel. Indagó sobre su identidad, ya que si estuvo en la fiesta de la playa ella tal vez lo conocía, pero cuando me disponía a darle mayores detalles sobre su aspecto físico, entró Nana Letty en la habitación. Informaba que, de casa de los Regueiro, la familia de Jessy, habían llamado solicitando su presencia en ese lugar. Papá Ricardo seguía delicado de salud y aquella llamada nos puso muy nerviosas. Jessy salió apresurada y no pudimos terminar nuestra conversación. Es que, obviamente, en esos momentos eran mucho más importantes los asuntos que Jessy y su familia iban a tratar.

Una vez salió Jessy, quedé nuevamente sola. Los recuerdos de Daniel no se hicieron esperar. Parecía como si estuviera hechizada, como si fuera víctima de un encantamiento mágico.

.....

Una mañana, dos meses después de aquel día en que lo encontré nuevamente en el parque, me levanté peor que nunca; estaba bastante indispuesta; me sentía muy mal física y emotivamente. La depresión, mi fiel compañera me tenía envuelta en un amargo y sofocante abrazo desesperanzador. Sin embargo, aun así, decidí ir a clases, era mucho más agobiante quedarme en aquella enorme y solitaria casa, por eso tomé esa

decisión.

En el transcurso de la mañana me atormentó un fuerte dolor de cabeza y casi todo el tiempo reposé en la enfermería. Cuando por fin salí de clases y llegué a casa, aun sin cambiarme el uniforme escolar, decidí irme caminando hasta el parque. Fue una idea descabellada encontrándome en aquel estado, pero es que, en casa me sentía tan abrumadoramente sola, que quise irme, huir de ahí; quería caminar, distraerme, recibir un poco de aire. Caminé por largo tiempo, sin darme cuenta tomé una vía diferente al parque. Mientras caminaba sentía fuertes punzadas en las sienes, tan insoportable que me detuve. Caminé un poco más pero nuevamente me detuve apoyándome en una farola. Cerré los ojos. Sentía que estaba a punto de desfallecer, que poco a poco la vida se me estaba yendo.

- ¡Damiana!, ¿Qué tienes?, responde, ¿te sientes mal?

Abrí lentamente mis ojos, me encontré con unos añorados ojos azules y escuché una voz familiar que preguntaba con acentuada preocupación. Sentí que a mi alrededor todo daba vueltas; un abismo se abrió a mis pies y caí sumergida en una plácida oscuridad.

.....

Cuando abrí nuevamente mis ojos no conocía el lugar en el cual me encontraba. Era una habitación pequeña. Por más que lo intentaba no lograba recordar lo sucedido; pero poco a poco las imágenes regresaban a mi mente. Me había desmayado o por lo menos eso creía, pero... ¿Dónde estaba?... ¿dónde?

Traté de levantarme de la cama, pero tan pronto lo intenté todo nuevamente me dio vueltas y no pude sostenerme en pie, así que volví a acostarme. Un instante después entraron en la alcoba Daniel y un joven alto, de cabellos negros, ojos cafés claros, contextura delgada pero fuerte; muy guapo y encantadoramente sobrio.

- ¡Daniel! –exclamé muy bajo, nerviosa. Así que estaba en casa de Daniel, pero, ¿cómo?, ¿Cómo llegué hasta ahí?

Daniel se sentó al borde de la cama y rodeó con sus manos una mía. Con una dulce sonrisa preguntó cómo me sentía. Tímida y aún nerviosa musité un "estoy bien", aunque aquel contacto de nuestras manos le decía a mis sentidos lo contrario.

- Él es el doctor Harrison Parker, lo llamé para que viniera a verte –se levantó– Los voy a dejar solos para que Harry pueda examinarte –y salió.

Harry y Daniel se conocieron en la universidad cuando asistían a un curso electivo y desde entonces se hicieron grandes amigos. Tenían una amistad firme y sincera que con el tiempo se había fortalecido. En ese entonces se veían muy seguido.

Harry me examinó con meticuloso cuidado y no encontró un signo físico de alarma. Indagó atento sobre las posibles causas del desmayo, le manifesté que en los últimos días había tenido poco apetito y, por lo tanto, había consumido pocos alimentos. Igualmente indiqué que el malestar venía acaeciéndome desde hacía aproximadamente dos semanas y ante su lógica pregunta de si había recibido atención médica, obtuvo una desalentadora respuesta negativa. Explícito recalqué la importancia de acudir a los servicios médicos, sin embargo, aclaró que por el momento no se trataba de nada grave, tal vez algo relacionado con una baja de presión por la limitación en la ingesta de alimentos; luego sonrió afectuoso, bajé la cabeza, sonrojándome un poco ante su hermosa sonrisa. Guardó sus instrumentos y llamó a Daniel para que entrara nuevamente en la habitación. Indicó que dentro de poco me sentiría mejor, aunque insistía en que debía ir dónde mi médico y realizarme algunos exámenes ya que un desmayo nunca debía pasar desapercibido y que siempre era necesario tomar las debidas precauciones.

Se despidió y Daniel lo acompañó a la puerta. Yo me quedé en la habitación la cual estaba muy bien decorada y ordenada. Momentos después, Daniel entró nuevamente.

- ¿Cómo te sientes? –preguntó amable

- Un poco mejor –contesté algo nerviosa

- Deseas levantarte –preguntó parado al pie de la cama. Asentí

Se acercó y me ayudó a levantarme; por un instante estuvimos tan cerca que pude sentir su perfume y su aroma. Me miró fijamente a los ojos. No puedo explicar qué vi en ellos, una fuerte confusión los envolvía. Me tomó de la mano y salimos de la habitación. Entramos en la sala que al igual que la alcoba era muy acogedora.

- ¿Cómo llegué hasta aquí?, la verdad no recuerdo mucho.

- Yo te traje –lo miré confundida– Venía para acá para el apartamento cuando te vi; ibas caminando muy lento y pensé que necesitabas ayuda, luego detuve el auto cuando vi que te apoyabas. Al principio no estaba seguro que fueras tú, el uniforme escolar me confundió un poco; luego cuando me acerqué te reconocí. Entonces te desmayaste –así que la casualidad me había brindado la oportunidad de ver nuevamente a Daniel, y mejor aún, conocer dónde vivía. Guardamos silencio por un instante. Veía su rostro. Sus ojos me miraban al mismo tiempo con un extraño

interés y un incomprensible desconsuelo

- La última vez que te vi fui un poco grosero... fui realmente descortés y por eso te pido disculpas... -alzó su mano tratando de tocar mi rostro, pero se detuvo y la bajó nuevamente- No es nada importante -contestó antes de que terminara de preguntar el porqué de su actitud. Luego me miró profundamente confundiendo todos y cada uno de mis sentidos.

- Debo... tengo que irme... -informé nerviosa, levantándome del sofá- Ya creo... ya me siento mejor.

- Espera un poco, pedí algo de comer, en cualquier momento llega -lo miré ansiosa, con grandes deseos desbordando mi corazón por quedarme para siempre a su lado.

- Lo siento... pero me tengo que ir.

Capítulo 10

Una pequeña sonrisa en mis labios

Llegué taciturna a la casa. Sentada en la enorme silla colgante y acolchonada del balcón de mi habitación veía sin mirar el extenso jardín trasero. Estaba confundida, completamente sobrecargada de emociones encontradas y contradictorias; había deseado tanto verlo, hablarle y ahora que por fin lo había logrado no pude hacer nada; mis nervios, mis temores, me vencieron, me paralizaron; anularon mis sentidos. No sabía si me había ganado el miedo o la rígida y severa razón. Una vez más, absorbida por la fría y cruda realidad de mi soledad, quise verlo nuevamente, quise estar de regreso en ese momento maravilloso en que él me pedía que me quedara, que me esperara un poco y fantaseaba con decirle que sí, con confesarle que me moría por estar cerca de él, y que estaría a su lado por el resto de mi vida.

Un golpe en la puerta me sacó bruscamente de mi delirio.

Era Jon. Se sentó frente a mí, dándome un beso y preguntando sobre el contenido de mis pensamientos; con una sonrisa distante, le mentí por primera vez en 17 años. No sabía cómo discutir con él ese tipo de cosas... yo no tenía ni la más mínima idea de cómo decirle a mi hermano mayor que estaba completamente impresionada por un hombre del cual solo conocía su nombre. Para Jonathan, yo, Dam, su hermanita menor, era solo una niña..., pensé que jamás, ni en un millón de años lo entendería.

- Estás pálida –anotó preocupado. Él sabía de mi quebranto de salud en los últimos días, me abrazó tiernamente indagando sobre el proceso de mi estado anímico y físico; brevemente le conté del desmayo y ante su evidente alarma lo tranquilicé anunciándole que al día siguiente iría donde el doctor Ferrero, el médico de la familia, para hacerme revisar. Después de algunas estrictas órdenes y recomendaciones médicas que impartió firme e imperioso, guardó silencio.

- Dime, ¿Qué es? –pregunté interesada, sabía que había algo que quería decirme.

- ¿Qué opinas del matrimonio de Víctor? –indagó preocupado.

Realmente no había tenido tiempo para pensar en ese tema, mi mente estaba completamente colapsada con Daniel, que poco quedaba para cualquier otra preocupación. Sin embargo, aunque al principio todo aquello del matrimonio de papá me había tomado por sorpresa, digiriéndolo con calma podía ser hasta una buena noticia. Desde que

Víctor enviudó siempre quise que se enamorara y que compartiera su vida con una mujer que fuese digna de ser su compañera, que fuese capaz de hacerlo feliz, pero la mirada de desacuerdo e ironía de Jon, daban a entender lo contrario. Insistí argumentando que nosotros no podíamos brindarle la compañía que él necesitaba, es más, tarde o temprano quedaría solo y eso era algo que yo no deseaba para él. Jon se levantó y me dio un beso en la frente.

- Todo suena hermoso, Dam, lastimosamente la protagonista en esa novela no realiza muy bien su papel –se dirigió a la puerta– ¡Cuídate! Quiero que mañana bien temprano vayas donde Ferrero.

- Espera, Jon, ¿la conoces? –asintió seco– ¿Quién es? –pregunté preocupada, pero no contestó, solo hizo un extraño gesto de amargura y salió.

Quedé realmente intranquila. El comportamiento de Jonathan era de por sí insólito e inexplicable. ¿Qué sabía él, que le producía tanta hostilidad y desprecio hacia aquella mujer que dentro de pocos días sería un miembro fundamental de nuestra familia?

En fin, me levanté, me estiré un poco y bajé a la sala, la cual estaba como siempre sola y absolutamente silenciosa. Daniel había vuelto a mis pensamientos. Trataba de entender qué me sucedía, pero por más que trataba no lo podía entender.

Sonó el teléfono y contesté más por instinto que por interés. Era Jessica.

Rápida y cortés me dio un pequeño saludo, al tiempo que me preguntaba por Jonathan; aún se me hacía extraño que Jessica preguntara por él; siempre le había parecido un tipo grosero, arrogante, antipático. Nunca intentó siquiera acercársele, ni siquiera cuando Karla y yo hacíamos esfuerzos sobrehumanos para que ellos cambiaran la opinión que se tenían mutuamente. Realmente no entendía el porqué de tanta antipatía. Pero últimamente, por obra del destino se habían, por fin, convertido en amigos y eso, aunque con un poco de desconcierto, realmente me llenaba de gozo.

A Jessica le profesaba un inmenso cariño y la apreciaba infinitamente; me inspiraba una gran ternura y un afecto fraternal incalculable.

Físicamente, no era muy alta, de ojos azules, mediana cabellera de color castaño claro, un poco ondulado. Tenía en aquel entonces 21 años de edad y una personalidad tranquila y agradable. Era un poco reservada, sumamente tímida y algo distraída.

Ese día, después de un breve saludo y uno que otro intercambio de frases, colgó. Su interés principal era Jonathan y él ya se había ido. Aproveché

entonces para preguntarle por Karla, quien desde hacía ya algunas semanas estaba completa e inexplicablemente desaparecida. Pero entre frases cortas y un poco cortantes me hizo saber que no tenía noticias de ella, cuestión que me sorprendió e inquietó siendo ellas tan buenas amigas, sin embargo, el asunto no trascendió en esos momentos y quedó ahí.

Jessica, Karla, Catiana y yo crecimos juntas; siempre una al lado de la otra. Pero las cosas habían empezado a cambiar, a cambiar radicalmente y.... ¡Dios!, ¡Vaya si cambiaron!

.....

A la mañana siguiente me levanté muy temprano y haciendo caso a las recomendaciones de Harry, fui la clínica donde atendía el Doctor Ferrero. Horas después, mientras estaba en la sala de espera aguardando por la entrega de los resultados de los exámenes que me había ordenado, escuché que alguien me saludaba. Volví mi rostro y me encontré con Harry. Gratamente sorprendida lo saludé igualmente. Indagó inmediatamente sobre el avance de mi estado de salud y le informé que justamente estaba en espera de los resultados que me habían practicado. Amablemente los reclamó por mí y luego estuvimos conversando por un largo rato en la cafetería del lugar. Harry tenía en aquel entonces 29 años de edad, estaba ejerciendo su carrera profesional desde hacía pocos años, pero ya se destacaba por ser uno de los mejores neurólogos de la ciudad. Tenía su propio consultorio y practicaba cirugías en esa clínica. Me contó algunas pequeñas cosas suyas, como que le encantaba su profesión, que desde pequeño había soñado ser un gran médico. Era hijo único y eso, por supuesto, lo convertía en un hijo sobreprotegido, aunque no se quejaba, ya que, según él, esto, en vez de traerle desventajas sólo le había hecho la vida más placentera. Amaba desmedidamente a sus padres a quienes visitaba regularmente ya que se encontraban viviendo en otra ciudad; admiraba inmensamente a su padre, el cual en esos momentos dirigía uno de los más grandes y prestigiosos hospitales de Boston. En relación con su situación sentimental, estaba comprometido en matrimonio desde hacía pocos meses, pero aún no tenían fecha para la boda. Practicaba el tenis, deporte que según él era su mayor afición, le gustaba el ajedrez, deporte en el que coincidimos y estuvimos de acuerdo en jugar pronto una partida. Yo lo escuchaba complacida, su conversación, además de amena, se me hacía supremamente interesante. Por mi parte, le conté, entre otras cosas, que estaba en mi último año de colegio, que, desde pequeña, al igual que él, admiraba a mi padre y que deseaba llegar a ser una triunfadora como él. Que era una joven de pocas amigas, pero las que tenía eran las mejores del mundo; que las amaba con todo mi corazón y junto a ellas pasaba los pocos momentos agradables que transcurrían en mi incolora existencia.

Desde ese momento, se fueron abriendo los caminos para que Harry se convirtiera para mí en lo que actualmente es, el más grande de todos mis amigos, el mejor que pude y podré tener.

- Lamentablemente, debo irme –informó tiempo después. Tenía que prepararse pues dentro de poco tenía una cirugía– ¡Cúidate mucho! –se despidió dándome un pequeño beso en la mejilla.

- Gracias, así lo haré –poco después regresé a la casa, con una pequeña sonrisa en mis labios.